



**Comunidad
de Madrid**

Junio 2019

BENEFICENCIA

2019



*Verano
20-11-19*



**Centro de Asuntos Taurinos
Madrid**

SUMARIO

| | |
|---|----|
| Carta de Pedro Rollán, presidente e.f. de la CAM..... | 3 |
| Diego Ventura..... | 4 |
| Julián López “El Juli” | 6 |
| Diego Urdiales..... | 8 |
| Entrevista a Diego Urdiales..... | 10 |
| La firma de Chapu Apaolaza..... | 13 |
| Núñez del Cuvillo: “Pura delicatessen”..... | 14 |
| Corridas mixtas: un calificativo erróneo..... | 17 |
| Entrevista a Joaquín Núñez del Cuvillo..... | 18 |
| Venancio Blanco: inmortal, el artista y el toreo..... | 20 |
| Beneficencias de los 90..... | 22 |
| Sucedió en Beneficencia..... | 24 |

EDITA:

Comunidad de Madrid -
Centro de Asuntos Taurinos

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:

Gloria Sánchez-Grande

D.L.: M-20102-2012

Imprime: B.O.C.M.

Tirada: 8.000 ejemplares



**Centro de
Asuntos Taurinos
Madrid**



La Corrida Extraordinaria de la Beneficencia siempre ha sido uno de los festejos más importantes en el calendario taurino español. Su origen se remonta a hace más de 200 años, cuando el rey Felipe IV decidió organizar una corrida cuya recaudación se destinaría a sufragar los gastos de los hospitales en la capital.

La corrida de la Beneficencia está estrechamente ligada a esta plaza de Las Ventas. El primer festejo que se celebró en este coso, el 17 de junio de 1931, fue la Corrida de la Beneficencia, lidiada por los diestros Fortuna, Marcial Lalanda, Nicanor Villalta, Fausto Barajas, Luis Fuentes Bejarano, Vicente Barrera, Armillita Chico y Manuel Mejías Bienvenida.

Han sido tradicionalmente grandes toreros quienes han conformado este cartel, al igual que ocurre este año. Se ha organizado una corrida mixta con la presencia de Diego Ventura, que la temporada pasada se convirtió en el primer rejoneador que cortó un rabo en Las Ventas. También estará El Juli, el diestro madrileño que se ha convertido en una de las grandes figuras del toreo del siglo XXI, así como Diego Urdiales, el gran triunfador de la última Feria de Otoño.

Si a este extraordinario elenco se añaden las dos magníficas ganaderías de Los Espartales y Núñez del Cuvillo, concurren, a priori, las mejores circunstancias para disfrutar de una gran tarde de toros, que será acompañada, sin lugar a dudas, por los magníficos aficionados que acudiréis a la misma.

Por todo ello, espero y deseo que podamos disfrutar de una tarde de gloria y llena de éxitos que se sume a la historia de la tauromaquia.

Pedro Rollán Ojeda

Presidente e.f. de la Comunidad de Madrid

DIEGO VENTURA



GONZALO I. BIENVENIDA/

Diego Ventura (Lisboa, 1982) ha batido todos los récords. Estar acartelado en la Beneficencia premia haber deslumbrado a Madrid con una faena premiada con las dos orejas y el rabo en el último San Isidro y el triunfo del gesto con seis toros en Otoño. El máximo triunfador entre los rejoneadores. Su padre, Joao Antonio Ventura, también fue rejoneador. Sólo él sabe lo dura que fue la decisión que trasladó a su familia de Portugal a Sevilla cuando los Peralta le contrataron para montar sus caballos en La Puebla del Río. A diferencia de su padre, Ventura siempre ha vestido el traje corto porque se siente cigarrero. Diego creció en esa casa que ha sido santo y seña del arte del rejoneo, rodeado de toros y de caballos. No fueron fáciles los inicios de su carrera en los que luchó codo con codo junto a su padre y maestro hasta llegar a Madrid. Las Ventas lo catapultó en 2005 cuando apenas se le conocía. Después llegaron las tardes de gloria hasta alcanzar la cifra de 15 Puertas Grandes. Jamás ha rehuído al compromiso con la primera plaza del mundo. Durante la presente temporada se cumplirán 21 años de su doctorado y desde entonces no ha parado de hacer historia. Su marcador cuenta con cincuenta orejas y un rabo –el único logrado por un rejoneador en esta plaza– unas cifras estratosféricas.

Ha desempolvado suertes en desuso y al mismo tiempo ha sido capaz de darle una espectacularidad mayor como el campero saludo con la garrocha esperando a los toros a porta gayola. Se trata de un ejemplo que muestra como su capacidad para conectar con el público no le ha privado de pulir una técnica prodigiosa.



Fotos: Plaza 1

Lo demuestra en quiebros imposibles combinados con clásicas batidas. Inauditos galopes a dos pistas y heterodoxos pares a dos manos. La mecha prendida en las cortas finales o la pura interpretación de la suerte suprema. Punto y aparte merece ese par a dos manos sin cabezada a lomos de Dólar. Asusta por su confianza en sus caballos, fruto de una incombustible afición, de un continuo sacrificio que le lleva a pasar la gran parte de cada día a caballo. Un portento de nuestro tiempo que nos ha regalado tardes para la historia.

Los expertos en el arte del rejoneo aseguran que la cuadra de Diego Ventura está en un momento imponente. Con varias estrellas como *Nazarí* y *Bronce*, *Sueño*, *Dólar* y *Fino*. También con grandes caballos como *Lío*, *Remate* y *Lambrusco* –para recibir a los toros con la citada garrocha– además de los más jóvenes: *Gitano* y *Joselito*. Madrid le espera como la gran figura del rejoneo que es, deseando ver una vez más el gran talento de Diego Ventura.



JULIÁN LÓPEZ EL JULI

GONZALO I. BIENVENIDA/

Julián López 'El Juli' (Madrid, 1982) es la máxima figura del toreo. Así lo demostró la pasada temporada al volver a convencer a la afición que más le exige. La faena al toro *Licenciado* de Alcurrucén formará parte de los anales de la historia de la plaza de toros de Las Ventas. El fallo con la espada no le permitió descerrar la Puerta Grande como sí lo logró en 2007, la tarde que le encumbró profesionalmente con toros de Victoriano del Río. Los aficionados recuerdan la obra realizada a *Cantapájaros* por su profundidad, por su rotundidad. Entró de lleno en Madrid y abrió la Puerta Grande en una tarde épica cuando se encerró en solitario con seis novillos justo antes de su alternativa en Nimes en 1998 de manos de José María Manzanares y Ortega Cano con toros de Daniel Ruiz. Su confirmación despertó una expectación desbordante. Madrid siempre le ha exigido mucho pero también ha sabido valorar su liderazgo: ha cortado 13 orejas en esta plaza –dos de ellas como novillero–.

El carácter de El Juli siempre le ha llevado a crecerse ante la adversidad. Su ambición le ha llevado a no parar de crecer en una constante pelea consigo mismo durante sus más de veinte años de alternativa. Dos décadas de pasión. El propio torero ha declarado públicamente que le gusta torear en Madrid pese a la exigencia tan alta de esta plaza con él. Su historial en Las Ventas recoge faenas como la de 2003 a un toro de Fuente Ymbro, unos años después la del toro de Ana María Bohórquez o la del aquel ejemplar de La Quinta. Su poderosa tauromaquia ha buscado la evolución estética en los últimos años sin perder esa entregada personalidad de Julián que le ha permitido alcanzar todos los objetivos fijados.

El tiempo ha engrandecido a aquel niño prodigio que deslumbró a España a finales de los noventa con una innata facilidad para torear. Aquel chaval que salió de la clásica Escuela del Batán es hoy un torero largo, con una capacidad incuestionable y que ha cargado sobre sus hombros el peso de cada temporada. Un hombre que conoce el toreo porque ha sido su principal ocupación durante toda su vida. También conoce en sus carnes la dureza de su apasionada vocación, ha resultado castigado fuertemente como aquella cornada de un toro de Guardiola en Las Ventas o el brutal percance en 2013 en La Maestranza que a punto estuvo de costarle la vida.

Su refugio está en la verde llanura de Olivenza donde pasta su ganadería 'El Freixo', donde se concentra y vela armas cada temporada soñando un triunfo mayor que el año anterior, también con la posibilidad de convencer una vez más a la plaza que considera suya en la tarde de mayor lujo como es la Corrida de Beneficencia.



Fotos: Plaza 1



DIEGO URDIALES

GONZALO I. BIENVENIDA/

Diego Urdiales (Arnedo, 1975) es un torero de culto en Madrid. Eclosionó la afición en la tremenda tarde de Otoño que premió tantos años de perseverancia. Un camino forjado en la fidelidad a una clásica concepción del toreo. Tres orejas a los toros de Fuente Ymbro en una Puerta Grande sin discusión. El toreo eterno pone a todo el mundo de acuerdo. Han pasado veinte años de su alternativa en Dax de manos de Paco Ojeda. La madurez ha ido macerando a través del arte la pureza del toreo de Diego Urdiales, cada vez más natural, cada vez más templado, y que cala como ninguno en el corazón de la plaza que se lo ha dado todo: Las Ventas.

La historia de Diego es un ejemplo de constancia. Desde aquellas bellas formas que le hicieron destacar como novillero logrando el Zapato de Oro de su tierra a esta temporada en la que tiene todo 'a favor', ha recorrido un camino marcado por la superación personal. Esa capacidad de no aburrirse, esa lucha silenciosa que le ha mantenido vivo. Madrid le ha reconocido como buen torero. Siempre ha creído en él. En este ruedo realizó una inolvidable faena a un enorme sobrero de Carmen Segovia; aquella tarde empezó el idilio del riojano con la afición de Las Ventas. Ese mismo año 2008 cortó otra oreja a un toro de Victorino Martín en la Feria de Otoño. La carrera de Urdiales tomó vuelo a partir de ese momento aunque nunca de forma uniforme, cada temporada una montaña rusa llena de incertidumbre. Tras varias actuaciones de relevancia, como aquella Corrida Goyesca de 2009, llegó otra obra cumbre con un toro de Adolfo Martín. La naturalidad conquistada desde el clasicismo más puro. Siete orejas contemplan su haber como matador en Las Ventas.



Fotos: Plaza 1

Las cifras no hacen justicia a ese idilio de la afición con uno de sus toreros más admirados.

Le apodera Luis Miguel Villalpando, gran torero de plata que tantos años estuvo a sus órdenes. Juntos forman un tándem que ha sabido defender la dignidad de la carrera de Urdiales allá donde ha toreado. La independencia es otro de los rasgos que le lleva a ser admirado por la afición y por sus propios compañeros. Su forma de torear no conoce el tiempo. Su capote vuela al compás de los elegidos, sin abotargamientos. Su muleta se vuelve seda presentada plana a sus oponentes. El temple en el trazo y también en los desplantes. Los detalles de grandes quilates. El toreo se hace grande al emanar de sus muñecas. Madrid lo sabe.



Diego Urdiales



TEXTO: GLORIA SÁNCHEZ-GRANDE
FOTOS: PABLO COBOS

Café Inglés del Hotel Wellington. Las cinco de la tarde. En dos horas, saldrá por chiqueros el primer toro de San Isidro 2019. Diego Urdiales ya está en Madrid: torea al día siguiente en Las Ventas. De no estar anunciado en San Isidro 2018, ha pasado a sumar tres paseillos en esta edición, y todo por una faena histórica, la ejecutada al toro “Hurón” de Fuente Ymbro en Otoño. “El toreo bueno considero que duele. Le duele a todos: al torero, al toro y al público”.

“Mi apoderado dice que me tiene que arrancar el brazo para que suelte la muleta. Aunque no esté toreando, me gusta tener los trastos en la mano. El capote y la muleta son la continuación de mi cuerpo, incluso de mi alma. A los trastos hay que transmitirles todo lo que llevas dentro, todos los matices y todo el sentimiento”.

Esa sabiduría también hay que aplicarla al toro. “A lo largo de mi trayectoria, he tenido la oportunidad y la suerte de poder cuajar toros de todos los encastes: Albaserrada, Santa Coloma, Domecq, Núñez, Atanasio-Lisardo... Hay encastes que te llenan más en unas cosas que en otras. Pero, para mí, no sólo es importante entender al toro, sino

también poder imponerle mi toreo. A veces, he estado bien con un toro, pero no he podido hacerle algo especial”. Las conversaciones con Urdiales van de menos a más, como las faenas que se clavan en la memoria. “Delante del toro hay que pensar, es evidente, pero también hay que llegar a no pensar, es decir, a dejarse llevar y a sentir. Muchas tardes he salido de la plaza incomprendido y frustrado. Hay faenas que he considerado mucho mejores que algunas tardes de triunfo”.

Hay miradas difíciles de descifrar. La de Urdiales, sin embargo, es de una franqueza punzante. “Soy totalmente transparente y cuando no me siento a gusto en el ruedo se nota. Algunas tardes se me ha obligado a cortar orejas sí o sí y, cuando no las he cortado, se ha aprovechado el momento para ponerme la zancadilla. Esto es así”. Diego detiene un instante la conversación y corrige sus propias palabras. “No es que sea así, sino que está así. Y no debería estar así. A algunos toreros sólo se les conceden dos tardes para jugárselo todo, mientras que otros tienen dos temporadas. En una profesión donde todos estamos peleando por entrar en Cultura y donde nos llenamos la boca diciendo que se trata de una profesión artística, después actuamos de manera totalmente contraria. El triunfo es la culminación de la obra y, lógicamente, todos deseamos triunfar,

pero el toreo no son números, ni se trata solamente de cortar orejas. Bastante difícil resulta ya que salga el toro, que te deje el viento, que la gente tenga la vena ese día... Y que el torero tenga su día. Todos los días no puedes expresar algo especial. Unos días estás más espeso y otros te fluyen las cosas. Pero en el toro se ha impuesto una obligación que va en contra del sentimiento artístico”.

“Los toreros tenemos unas cuantas cualidades: llámense valor, inteligencia, arte, clase, elegancia... Pero no todos tenemos todas esas condiciones. Lo que no puede ser es que la cualidad de uno se tenga que imponer sobre los demás. La salvación son los toreros distintos y con una personalidad acusada. Opino que, actualmente, hay toreros jóvenes que tienen muchas condiciones, pero que dentro de la plaza no son capaces de expresarlas porque, fuera de ella, tampoco son capaces de tomar determinadas decisiones. Hay que ser consecuente en la vida para serlo también delante del toro. Ser puro en el toreo es muy difícil. No voy a ser yo quien diga lo contrario”.

Urdiales lleva a las espaldas veinte años de alternativa y hay infinidad de ferias en las que aún no ha debutado. “Me quedan unos

pocos paseillos por hacer desmonterado. Yo sólo pido que cada tarde sea especial y que pueda ir en unas condiciones que hagan que se me respete como torero y como persona”. ¿Y en los difíciles vaivenes de la temporada, en los viajes a deshoras de una feria a otra, qué siente por su cuadrilla? “Son como mi familia”.

“Fuera del toro, me llena especialmente estar con mi hija. Tiene diez años... Su nacimiento coincidió con mi primer triunfo en San Isidro. Su llegada, en vez de crearme una responsabilidad, me ha ayudado a facilitarme el camino. Los disgustos en el toreo me han parecido inútiles al verla a ella. No quiero ni imaginar lo que debe de ser que en tu familia alguien se dedique al toro; la dureza que esto implica. No lo quisiera sufrir”.

“Cuando he vivido la Corrida de Beneficencia como espectador, y desde arriba he escuchado el himno nacional, me he emocionado. Siempre me imaginaba estar abajo vestido de torero”





Seguimos hablando de aficiones. “También me gusta pasear y la soledad... aunque, cada vez que estoy solo, pienso en el toro”, Diego ríe. “Y leer, especialmente libros de psicología”. ¿Analizas a las personas igual que analizas a los toros? “Totalmente. Me encanta observar cómo son las personas simplemente con la mirada o la forma de expresarse”. ¿No te relajaba pintar? “Mucho. Lo hacía y lo sigue haciendo. Continúo pintando cuando tengo que hacer algo para mí. He pintado alta decoración e hice restauración. Estas actividades requieren paciencia. Siempre me han gustado”. Su gusto artístico se refleja, además, es su modo de vestir de luces. “La personalidad va unida a todo. Yo tengo que ir dentro de un vestido de torear en el que me sienta bien. Cada plaza es distinta de color, cada día es distinto. Utilizo bordados especiales diseñados por un amigo pintor y escultor, Carmelo Bayo... Trabajamos juntos, siempre sin salir de lo clásico”.

“Cuando se va demasiado deprisa no se avanza más. Atravesamos un momento de crisis de valores. Aunque mi esperanza es que, cada vez, esto mismo, lo pensamos más personas”. Diego bebe agua, cristalina como su conversación. Desde una butaca del elegante Salón Inglés, reconoce que está cómodo; parece que, por un instante, ha olvidado que torea en Madrid al día siguiente.

“Después de la última Feria de Otoño, volví a Las Ventas una tarde del pasado invierno. Mi reencuentro con la Puerta Grande fue precioso, en un anochecer lloviendo y en soledad. Era el punto opuesto a lo que había vivido allí”. ¿Cuándo fue la primera vez que pisaste Las Ventas? ¿Lo recuerdas? “Un Domingo de Resurrección en el que torea Curro Vázquez. Y me hice una foto con él a la entrada, cuando llegó a la plaza. Me quedé tan noqueado de ver pasar a Curro que no recuerdo nada más de esa tarde”.

Volvemos al presente, a San Isidro 2019. “Beneficencia es una de las corridas que más ilusión me hacía torear. Cuando la he vivido como espectador, y desde arriba he escuchado el himno nacional, me he emocionado. Siempre me imaginaba estar abajo vestido de torero. Creo, además, que Cuvillo es una de las ganaderías que más aguanta el toreo profundo”. Hoy es tu día, Diego.

LA FIRMA DE CHAPU APAOLAZA

Torear es viajar a uno 

Como si descubriera al hombre verdadero dentro del otro al que creía conocer, a Diego Urdiales lo conocí siendo ya casi amigos viejos en el comedor de un restaurante. Sucedió el verano pasado. Al echarse a morir julio, comíamos juntos en el balneario de Cestona donde durante décadas tomaban las aguas las señoras de Guipúzcoa. No pesaba el calor, pero sí todo lo demás. Diego traía en la sien el cañón frío y oscuro de la temporada. Tenía firmado Bilbao y poco más. Llevaba sobre la piel todas las sanguijuelas de la injusticia y la miseria taurina que chupan la sangre de la tauromaquia y que estaban a punto de consumirlo. El torero sin torear es un fantasma de sí mismo, el alma desahuciada del cuerpo. En esa venía Diego expulsado de los despachos, a Azpeitia a ver torear a su amigo Tomás Campos que lidiaba ese día la de Cuadri, y llegaba con el hongo nuclear de la vida civil fuera de los ruedos elevándose allá no tan lejos en el horizonte impío de septiembre.

Quizás tendría que dejar de torear y volver a pintar; el coche de cuadrillas convertido de nuevo en furgoneta de cubos y pinceles. Así lo conocí, asomado al abismo de la nada torera y de un menú de 30 pavos del día de San Ignacio, servido en una mesa por una camarera con prisa que no sabía quién era él o no le importaba. Un comensal dijo que aquel comedor no le gustaba. “Es muy feo”, espetó, y el torero comenzó a mirar las columnas y los arcos y los marcos de las ventanas y abrió los ojos enormes como dos sartenes nuevas, esos ojos que habría de reconocer en la tarde de Otoño en Las Ventas y dijo: “No es feo, lo que está es mal pintado”. En ese momento, comenzó a recorrer la sala y a decir que si la columna la pintaría de blanco y el estuco lo bien que quedaría allí. Se fue alborotando y se vino arriba hablando de los colores como un niño en un escaparate de una juguetería mientras yo lo miraba absorto y quieto, consciente de que lo estaba conociendo

en ese momento, cuando terminó y dijo: “Cómo me gustaría pintar este comedor”. Podrían dejarle sin torear, podrían hacerlo tomar la brocha, podían arrancarle el traje de luces, pero nunca lo conseguirían despojar de su identidad y voluntad artísticas.

El torear de una manera pasa por ser de una manera y hacer las cosas de una manera; de acercarse al mundo de una manera. De esa y no de otra. Por eso los toreros, cuando son, y esto sucede cuando llegan a su plenitud, son distintos unos de otros. En el cartel de la Beneficencia hay pintados tres nombres con letras de deseo, que es la tipografía eminentemente taurina: Diego Ventura, El Juli y Diego Urdiales. Son tres toreros y tres hombres absolutamente diferentes que tienen en común solamente haber peleado hasta la extenuación por ser ellos y por ocupar los terrenos que ocupan como artistas, que son tres islas remotas la una de la otra. Los toreros jóvenes se parecen todos un poco, como dice Montano que todos los poetas adolescentes (y las sexólogas, añade por su cuenta) son el mismo. El torero viejo -y esto no es una cuestión de edad si no de hacerse- no es el mismo que otros toreros pues las personas son diferentes. El viaje del matador supone ir despojándose de todo lo accesorio para buscar su verdad, su esencia, la cosa natural, que es la más difícil de todas, pues es la más sincera. Torear es viajar a uno mismo, aunque haya toreros que no terminen nunca ese viaje. Quizás porque hay gente que cuando se encuentra con uno mismo se da cuenta de que no hay nadie. Esto justamente aleja al artista genuino de otros artistas genuinos, mientras acerca a parte de la tropa indefinida. Un artista verdadero es distinto como una persona es distinta. Por eso mismo reniego del lugar de que el buen aficionado es al que le caben todos los toreros, pues no te pueden gustar todas las personas. Si te gustan todos los toreros es que quizás no te gusta ninguno.



NÚÑEZ DEL CUVILLO

PURA DELICATESSEN

LUIS MIGUEL PARRADO/

Este próximo mes de julio se cumplirán 37 años desde que Joaquín Núñez del Cuvillo se hizo ganadero de bravo. Así que casi cuatro décadas contemplan una trayectoria que empezó con mimbres muy modestos y poco a poco consiguió convertirse en lo que es hoy en día, una de las mejores ganaderías del mundo.

Joaquín Núñez era por aquel entonces un reputado criador de esa raza tan del sur que es la retinta. Pero a sus hijos, y por supuesto a él, les apetecía la idea de hacerse ganaderos de bravo, máxime cuando en aquella época sus parientes de “Los Derramaderos” vivían un periodo de máximo esplendor, quizá el último que vivieron los herederos de aquel genio

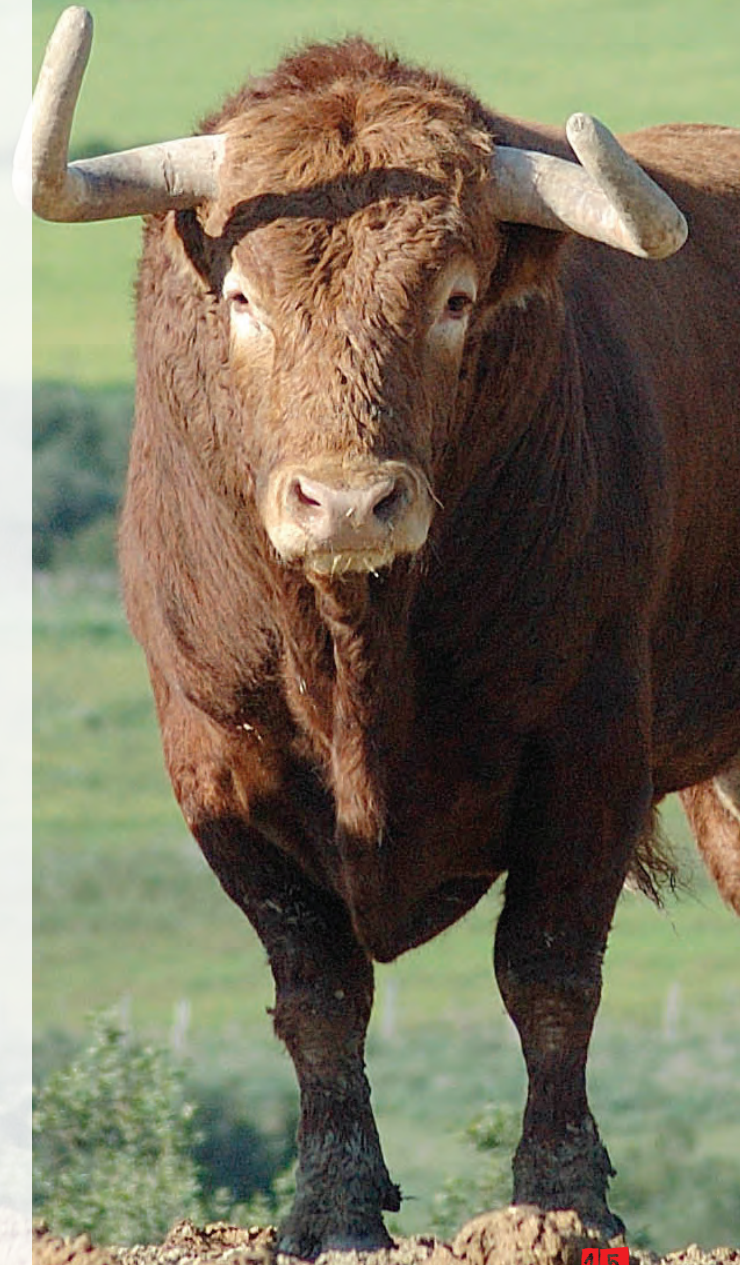
llamado Carlos Núñez Manso. A su casa acudió Joaquín como primera opción para hacerse con vacas y sementales, pero sus parientes le pidieron nada menos que 300.000 pesetas por cabeza, lo cual era una auténtica fortuna en aquellos tiempos. Desechada esa posibilidad, anduvo en negociaciones con Luis Algarra, que tampoco fructificaron, hasta que por fin surgió la posibilidad de comprar la ganadería que Jaime, uno de los hijos de José Luis Osborne, había formado con reproductores de su padre. Corría julio de 1982 cuando Joaquín hizo el trato y un mes después, provenientes de la finca “La Esparraguera”, en el término onubense de Zalamea la Real, se desembarcaban en “El Grullo”, tierras gaditanas de Vejer de la Frontera, los animales comprados.



Entre ellos estaban varios toros que, aún marcados con el hierro de Jaime Osborne, fueron los primeros en anunciarse a nombre de Joaquín Núñez del Cuvillo. Tres cuatreños que el mismo mes de llegar a Cádiz fueron lidiados en Abarán. Ya al año siguiente Joaquín lidió su primera corrida de toros, cuyo destino fue la plaza de Tomelloso y donde el burraco “Comilón” fue premiado con la vuelta al ruedo. Se abría ahí una interminable sucesión de éxitos que llega hasta nuestros días, aunque el camino en los años iniciales, sobre todo a la hora de afrontar compromisos en plazas importantes, no fuera fácil. Curiosamente ni el debut en Sevilla, que tuvo lugar en abril de 1986, ni la presentación en Madrid, acontecida durante la feria de San Isidro de 1991, fueron nada halagüeños, sino todo lo contrario. Aquellos ganados comprados a Osborne tenían nobleza, sí, pero andaban en el límite de la raza y también de la fuerza, algo que su nuevo propietario no tardó en atajar.

Las tres primeras compras hechas tras hacerse con lo de Jaime Osborne fueron de sangre Núñez y tuvieron como destino el segundo hierro que entonces había en la casa, el que se anunciaba como Núñez Benjumea. Fueron a Antonio Ordóñez, de lo que tenía procedente de Núñez Moreno de Guerra, a la testamentaria de Paquirri, y a Antonio Muñoz, que también tenía ganados del maestro de Barbate. De todo eso poco quedó en “El Grullo”, aunque actualmente haya reatas, como los “Encumbrados” pertenecientes a esa estirpe, pero en los cuales el porcentaje de sangre Núñez ya es meramente testimonial. Lo mismo ocurre con la descendencia de una tropa de vacas adquiridas a Atanasio Fernández en 1989.

Por entonces Joaquín ya había dado el verdadero primer golpe de timón en su ganadería, haciéndose con animales de sangre Maribel Ybarra vía Sayalero y Bandrés. Esa rama se vería aumentada poco después con la compra de reproductores a Torrealta primero y luego a Marqués de Domecq.





Pero el punto de inflexión definitivo llega cuando la década de los noventa no había hecho más que iniciarse y Núñez del Cuvillo se marcha hasta “Lo Álvaro”, la finca de Juan Pedro Domecq para hacer la compra que cimienta lo que hoy en día es su vacada. Fueron cuarenta eralas y tres sementales, que con el paso del tiempo habrían de darle muchas alegrías. Esa línea Domecq fue reforzada a lo largo de los años con sementales de Santiago Domecq, Daniel Ruiz y Garcigrande, que ha sido la última incorporación conocida. Pero, curiosamente, el primer gran triunfo de Núñez del Cuvillo tuvo como base la primigenia sangre y tuvo lugar casi al tiempo de la compra a Juan Pedro. Aquel éxito, rotundo, que puso la divisa en boca de todos, tuvo lugar en la feria de Valladolid de 1992, y acabó con la salida a hombros de los tres toreros, que eran Roberto Domínguez, Espartaco y Manolo Sánchez, que tomaba la alternativa, a los que acompañaron por esa puerta grande Curro y Alvaro, dos de los hijos del ganadero.

A partir de ahí la vacada se puso en candelero y todas las figuras del toreo, empezando por Espartaco, se apuntaron a sus toros. Paralelamente a eso el ganadero comenzó a aumentar sus camadas, hasta acabar siendo uno de los que más toros lidiaban cada año. Además, con el mérito de, progresivamente, conseguir

que la mayoría de esas amplias camadas tuvieran trapío suficiente para ser lidiadas en plazas de primera categoría, y encima embistiendo con la categoría que ha marcado el sello de esta divisa. Tanto es así que la sucesión de toros destacados de este hierro sería interminable, incluso en Las Ventas, plaza en la que tanto le costó entrar y donde hogaño tiene un lugar consolidado que le hace volver cada temporada, incluso por partida doble. De hecho, en sus últimas comparecencias ha soltado toros de tanta nota como el salinero “Tobillito-76”, que cupo en suerte a Juan Bautista en la feria de 2017. Ese mismo año, en la Corrida de la Cultura, Ginés Marín perdió por la espada una puerta grande más que segura tras cuajar a otro toro del mismo pelo, “Sinvaina-7”. Ya el año pasado, su paso por San Isidro se saldó con sendas orejas para Alejandro Talavante y Manzanares de “Aguador-255” y “Tristón-69” respectivamente.

Resumiendo, estamos hablando de una de las mejores divisas de la actualidad, creada por Joaquín Núñez del Cuvillo, en cuya dirección estuvo ayudado durante muchos años por su hijo Álvaro, un auténtico genio ganadero, cuyo relevo cogió el año pasado el joven Álvaro de la Campa Núñez. Tradición y modernidad unidas para modelar la bravura más enclasada. La de los toros de Cuvillo.

CURIOSIDADES

CORRIDAS MIXTAS: UN CALIFICATIVO ERRÓNEO

PACO AGUADO/

De un tiempo a esta parte, se ha hecho habitual, entre prensa y empresas, anunciar y considerar como “mixta” toda aquella corrida en la que participen rejoneadores junto a toreros de a pie, en una tendencia que no hace sino abundar en un calificativo erróneo, o al menos ambiguo, a medida que aumenta también este número de festejos. El error se basa en que, de toda la vida, esa clasificación de corridas mixtas definía, única y coloquialmente, aquellos espectáculos picados en el que se reunieran astados de distintas edades -toros y utreros o utreros y erales-, con independencia de si se lidiaban a pie o a caballo. En todo caso, los permisos legales del festejo, que son los que le definen oficialmente, siempre se corresponden a lo que marcan las reses de mayor edad que salgan por chiqueros. La Beneficencia 2019 de Madrid, por tanto, es simple y llanamente una “corrida de toros”.

Por esta razón, los ahora llamados festejos “mixtos” no están contemplados en ningún apartado por el reglamento taurino nacional

de 1992, que es el que rige, por ejemplo, en Las Ventas, sino que entre los distintos tipos de espectáculos el texto de referencia solo reconoce, en este orden, corridas de toros, novilladas picadas, novilladas sin picadores, corridas de rejones -con cualquier tipo de reses-, becerradas y espectáculos cómicos. Es necesario hacer esta matización ahora que, por desconocimiento, por moda o por mala costumbre publicitaria, se está llamando mixto a cualquier festejo -ihasta festivales!- en el que se anuncien un rejoneador junto a toreros de a pie, aunque el de a caballo lidie, reglamentariamente despuntadas, reses de la misma edad que los de luces.

Es más, ni siquiera la proporción de cuatro toros para lidia a pie y dos para rejones, como sucederá en la corrida de Beneficencia, serviría tampoco para colocar el artificial calificativo al espectáculo, porque a nadie se le hubiera ocurrido definirlo como mixto en el caso de que Diego Ventura rejoneara únicamente el toro de la apertura de plaza, tal y como sucedió tantas veces y con otros muchos jinetes a lo largo de la historia de las Corridas de Beneficencia de Madrid.



LOS ESPARTALES

Esta ganadería pacense, cuya sangre es pura de Murube, por cuanto se formó en base a vacas y sementales de Capea, se ha convertido en una de las estrellas para el toreo a caballo, al que destina íntegramente sus camadas. Las más grandes figuras del rejoneo demandan estos animales y, como prueba de su calidad, valga reseñar dos ejemplares que marcaron historia. Por un lado, “Perdido-22”, primer toro de rejones indultado en España, efeméride que tuvo lugar en Murcia el 17 de septiembre de 2017; por otro “Biemplantao-37”, al que el 9 de junio se le cortó un rabo en Las Ventas. Curiosamente, o no tanto, el lidiador de ambos fue Diego Ventura.

Joaquín Núñez del Cuvillo



TEXTO: GLORIA SÁNCHEZ-GRANDE
FOTOS: PABLO COBOS

Tiene 88 años, pero conserva la mirada clara y la cabeza como el mecanismo de un reloj suizo. Se encuentra en Madrid para recoger el premio que los veterinarios de Las Ventas conceden a la corrida más completa del pasado San Isidro. Su hija menor dice que, si hubiera sido por él, habría venido conduciendo, pero le obligaron a coger un AVE.

Para la Beneficencia 2019, los cuatro toros de lidia a pie llevan la divisa de Núñez del Cuvillo. Hablamos con su ganadero, Joaquín Núñez del Cuvillo. ¿Cómo es la corrida? Responde con sorna. “Yo les hablo y les pregunto, incluso parece que ponen atención, pero los toros no me contestan. Ése es el problema”.

“En mi casa, grabo todos los tentaderos desde hace 36 años. Te puedo enseñar los vídeos de la madre y el padre de cada uno de los toros que vienen a Madrid. Cuando ves la grabación del padre y de la madre, piensas que esto no puede fallar. Pero esto no funciona así. De los cuatro toros para Beneficencia, si embisten dos, me doy por satisfecho. Lo otro sería tener demasiadas aspiraciones”. Además de Beneficencia, la empresa Plaza 1 ha reseñado otra corrida para la Feria de Otoño.

“Existe una relación entre el tamaño y el comportamiento del toro: el público de Madrid exige un toro de muchos kilos, lo que perjudica a la diversión. Se piensa que el toro grande es más peligroso, lo cual resulta erróneo. El toro pequeño se mueve más y es el que te puede sacar las tripas. Lo normal, en cambio, es que el grande se pare. El público desconoce lo que es una ganadería brava”.

¿Y qué tiene más importancia en la tauromaquia del siglo XXI: el toro o el torero? “Yo no sé si es más importante el huevo o la gallina. Esto es un espectáculo caro donde todos ponemos mucho esmero para que salga bien. A veces, los ratos buenos no son proporcionales a los disgustos”.

“El tercio de varas nació con el fin de seleccionar a los toros más bravos en el campo. Pero hoy eso ha perdido sentido, pues generalmente se produce un desencuentro entre lo que sucede en el caballo y en la muleta. Un toro se puede arrancar de largo al caballo, lo cual es bonito, pero después, no tiene un pase. Antes se medía la bravura por el número de puyazos, pero para ello se empleaba un caballo que no pesaba, que era flaco, incluso que iba sin peto. Hoy hay otros medios para medir la bravura que no existían antes: primero, el criterio del ganadero; y segundo, esos vídeos de los que hablábamos

antes. Los vídeos de los tentaderos te ayudan muchísimo a seleccionar. Antiguamente, algún ganadero famoso, en los tentaderos de su casa, cuando una vaca suya recibía ocho puyazos, se ponía muy contento y decía: *Ea, vamos a tomarnos una copa y ya la pueden torear. Era otro espectáculo. Los gustos han ido cambiando*".

Hablando de cambios, ¿qué le parece a Joaquín Núñez del Cuvillo la implantación del famoso bombo? "No lo entiendo, pero lo acepto. El torero bueno, hay que pagarlo, ¿no? Así funciona la ley de la oferta y la demanda. Lo que sí cansa un poco es ver los mismos carteles y las mismas faenas. Nos habíamos estandarizado y la gente comenzaba a comer pipas en el tendido. Eso no puede ser. Lo bonito es que lleguen toreros distintos como Roca Rey o Pablo Aguado. En su día, Manolete y Pepe Luis también eran diferentes, ¿no?".

Estamos de acuerdo en que la tauromaquia ha ido variando a lo largo de los años. "Y, aunque existe un fondo común, supongo que vendrán más cambios. He leído libros antiguos de los años veinte y ya decían que esto se acababa". Sin embargo, parece imposible que la afición termine en la casa de los Núñez del Cuvillo. Joaquín tiene veintidós nietos y presume que todos ellos son aficionados. "Nos sale de dentro. A menudo, nos reunimos en el campo y ellos torear, como quien alquila una pista de tenis. Se me ponen los dientes largos al verlos. El otro día, mi nieto más pequeño, que tiene nueve años, le pidió una muleta a José Tomás... y se la regaló. Hace años, también nos regaló un perrito. Nosotros hemos tenido la suerte que las figuras siempre han querido matar nuestros toros". La hija pequeña de Joaquín Núñez del Cuvillo matiza: "¡Tampoco te imagines que somos *La casa de la pradera!*". Mientras, su padre aprovecha para ajustarse el nudo de la corbata.



“Tengo 22 nietos y todos son aficionados. Nos sale de dentro”



VENANCIO BLANCO

INMORTAL, EL ARTISTA Y EL TOREO

JAVIER LORENZO/

Sus manos desprendían una mezcla de ternura y grandeza. Una mirada despierta y viva. Poco antes de marcharse llegó a afirmar que tenía la ilusión de dejar alguna obra sin terminar: “Me iré con la pena de no haber terminado la última pieza... pero me voy tan contento porque a lo mejor allí la termino...”. Un personaje incansable. El hombre que modeló el mundo; el artista que acarició el barro para darle forma a la imaginería religiosa y también a la taurina. El hijo del mayoral de Argimiro Pérez Tabernero. El joven que con apenas 18 años viajó a Italia para descubrir allí la escultura, no solo como elemento de expresión artística sino también como una forma de vida. El hombre que se convertiría en una de las referencias de la escultura del siglo XX. El artista generoso que expuso en su Salamanca natal, en su querida Córdoba, en Zaragoza, Granada, Bilbao, Nueva York y que dejó repartido su legado por todo el mundo: los Museos Vaticanos, el Museo Nacional de El Cairo, el Museo de Bellas Artes de Amberes, el Museo de Bellas Artes de Salamanca, el Museo de Escultura al aire libre de Alcalá de Henares, la Catedral de la Almudena, el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía en Madrid...

Se inspiró siempre en la libertad de la que hizo gala tras reconocer que fue la mejor herencia de su padre. Y de esa alma libre surgió su obra, entre lo figurativo y lo abstracto que cinceló durante más de setenta años sobre dos grandes temas: el religioso y la tauromaquia, donde prescindió del detalle para centrarse en la búsqueda de las formas. “La muerte del toro en la plaza forma parte de la grandeza de la vida y sin el hecho religioso no se entiende la vida, de ahí que sean dos realidades que van cogidas de la mano”, manifestó el artista.

En los toros y en la tauromaquia brota y resplandece la figura eterna de Venancio Blanco (Matilla de los Caños, Salamanca, 1923). Su padre quiso que fuera torero, pero él eligió “la libertad de ser artista”. Y fue libre toda su vida para moldear sus sueños con suma maestría. Fraguó las imágenes soñadas de su niñez y apostó por el toro, en el campo y en la plaza, y las figuras taurinas, en una importante producción de sus dibujos que esbozó a diario hasta sus últimos días y, por supuesto, en su grandiosa obra escultórica. En una de sus últimas apariciones públicas, en la inauguración de una exposición en Ciudad Rodrigo, el propio Venancio Blanco explicó cómo cuando recorría las fincas salmantinas descubrió encinas muertas que le recordaban a dibujos de Dalí: “Por tanto, no están muertas, sino dormidas”, susurraba. Siempre dijo que el mejor de todos sus muchos maestros fue la naturaleza: “Si quieres gozar la vida, no tienes más remedio que observar la naturaleza”, afirmaba el maestro que en ella creció y fraguó sus miras. Y, a partir de ahí, unió su pasión por la escultura con su afición por la tauromaquia. El artista y el torero unidos por la ilusión: Un escultor sin ilusión no tiene futuro ni sentido. El toreo también nace de la ilusión, casi siempre de un joven y de la belleza y de la bravura de un toro bravo: “Sin ilusión no habría casi nada en la vida”. Con ilusión creó Venancio Blanco la magistral figura de Juan Belmonte que, desde la plaza del Altozano en Triana, mira a La Maestranza de Sevilla y donde se plasma de manera perfecta esa búsqueda de los huecos imposibles en el alma de los toreros, y de los hombres, que marca una de sus señas de identidad. Con ilusión y también con pasión esculpió la obra en homenaje al eterno mayoral del Campo Charro en recuerdo de su padre, que preside la Plaza de España en Salamanca, y que son

solo dos ejemplos de una producción artística repleta y plena de toros, toreros, caballos, picadores y suertes en las que el movimiento se conjuga a la perfección en un soberbio equilibrio entre la realidad y la belleza.

Venancio Blanco creció en pleno Campo Charro, entre toros y caballos y terminó haciendo del mundo taurino una de sus principales fuentes de inspiración para terminar dejando una obra eterna. “Es el artista que más seriamente plasma la belleza y la valentía”, han dicho de él. Y así su obra se ha convertido en inmortal, como su figura, como su firma; como la propia personalidad de ese hombre que reconoció perder la timidez pasados los noventa: “A los 90 años tomé la decisión de quitarme la vergüenza de encima. Quitarme la timidez y ser más libre todavía”, afirmó el artista en una sabrosa entrevista con Jesús Fonseca en la que ponía de manifiesto su ironía, su desparpajo, su vitalidad, sus ganas de vivir, de crear y de enseñar, otra de sus pasiones. Esa mirada penetrante y dulce de la veteranía y la experiencia, casi infantil a la vez y también verdadera de quien no se rinde ni se cansa de vivir, ni de crear, ni tampoco de soñar. Un entusiasmo desbordante. “Lo bonito de la vida y lo más importante es la ilusión. Con la ilusión jamás te sientes agobiado, cansado. La ilusión renueva el esfuerzo”.

En febrero del año pasado viajó a la eternidad para terminar aquella obra que dejó sin rematar el escultor de la tauromaquia. La escultura del siglo XX en nuestro país va unida al nombre de Venancio Blanco, el artista que buscó y encontró el alma en el hecho religioso; el sentimiento en el flamenco; y la belleza, la nobleza y la bravura en los toros. Esta floreciente primavera se ha convertido de nuevo en protagonista como el artista eterno e inmortal que ilustra el cartel clave de la temporada en la plaza más importante del mundo, en la que su amigo, el maestro Santiago Martín ‘El Viti’ sigue siendo el dueño de su puerta grande, por la que él también hubiera salido si izaran a hombros a los artistas que esculpen los sueños para hacerlos realidad.

EL CARTEL





BENEFICENCIAS DE LOS 90

DE RINCÓN A JOSÉ TOMÁS

PACO AGUADO/

La década de los 90 del pasado siglo fue, taurinamente hablando, un tiempo de cambios. Una vez que la gran generación de toreros de los setenta se reivindicó definitivamente el decenio anterior, los últimos diez años de la centuria fueron testigos de un profundo relevo generacional, con la consagración de un puñado de figuras que también marcaron su ascenso en las distintas corridas de Beneficencia. Hasta seis salidas a hombros se registraron en esta corrida especial que volvió a recobrar su carácter de acontecimiento en unos años en los que, con la casa Lozano al frente de Las Ventas, las ferias de San Isidro resultaron poco pródigas en resultados brillantes.

Aun así, el primer año de la década, el de 1991, un huracán llegado de Colombia golpeó con fuerza las estructuras del coso monumental: César Rincón logró abrir dos días consecutivos, el 21 y el 22 de mayo, la Puerta Grande que da a la calle de Alcalá, por lo que entró con sobrados avales en el cartel de la Beneficencia del 6 de junio, para lidiar mano a mano con Ortega Cano una cornalona corrida de Samuel Flores. Y César lo volvió a hacer, esta vez con tres orejas, las mismas que paseó el ya veterano espada de Cartagena en una tarde memorable, y que supusieron para el colombiano atravesar por tercera vez en el espacio de dos semanas el umbral más ansiado del toreo. Solo le faltaba esa cuarta salida a hombros que lograría ya en la feria de Otoño para fijar una marca que, de momento, se antoja imbatible.

Repitió Rincón en la Beneficencia del 92, otra vez con el “no hay billetes” en las taquillas y con los toros de la sierra de Albacete, los “samueles”. Pero esta vez el protagonismo de la tarde de aquel ventoso y lluvioso jueves 11 de junio le correspondió a un joven espada valenciano que estaba en pleno ascenso hacia una primera fila que casi treinta años después se resiste a abandonar. Tras un ciclo isidril sin salidas a hombros de matadores, Enrique Ponce lo consiguió en esa Beneficencia que, tras la oreja que paseó en la feria, le catapultó definitivamente hacia la fama.

El gran rival de Ponce en estos años fue, sin duda, Joselito. El padrino de alternativa del torero de Chiva andaba entonces en la lucha por hacer valer sus derechos de máxima figura en los despachos, por lo que se quedó fuera de la feria y lo apostó todo a su actuación en la Beneficencia, para lo que se ofreció a lidiar la corrida en solitario. Era la tercera vez desde 1940 en que un matador se anunciaba como único espada en este festejo, después de que lo hicieran Paco Camino, con ocho orejas, en la Beneficencia del 70 y Paquirri, con dos, en la del 80. Y Joselito no defraudó. Aunque solo paseó dos trofeos de toros de seis ganaderías distintas, incluido uno de Victorino Martín, el torero de La Guindalera salió a hombros tras completar una interesantísima tarde de toros.

Por esa misma guerra entre Joselito y la empresa Lozano, la elaboración de la Beneficencia del 94 fue laboriosa y polémica. El torero madrileño se ofreció también a matarla en solitario a beneficio de las víctimas de la guerra de los Balcanes, pero, entre vetos y agresivas declaraciones, finalmente el cartel se compuso con toros de Samuel Flores para Miguel Rodríguez, Javier Vázquez y Pepín Liria -que dio una solitaria vuelta al ruedo-, con el prólogo ecuestre de los hermanos Luis y Antonio Domecq ante un astado de Torrealta. Lo mejor del deslucido festejo fue la recaudación destinada a la población civil de Mostar, la ciudad bosnia más castigada por el conflicto de la antigua Yugoslavia y protegida por un contingente de soldados españoles que motivó esta atención.

La Comunidad de Madrid intentó recuperar de nuevo el relieve de su corrida emblemática en la edición del 95. Pero el estelar mano a mano entre César Rincón -que había abierto por quinta vez la Puerta Grande ventañera ese San Isidro- y Enrique Ponce se saldó sin brillo alguno por el escaso juego de los toros de Sepúlveda. Tampoco pasó a la historia la Beneficencia del 96: en una primavera madrileña marcada de principio a fin por Joselito, ni Luis Francisco Esplá ni Pepín Liria llegaron ese 2 de junio a grandes cotas artísticas con los toros de Torrestrella. Ni tampoco Curro Romero, que, 29 años después, volvía a anunciarse en esta corrida extraordinaria. en un irreplicable ejemplo de longevidad taurina.

Tras cuatro años ausente, el cartel de “no hay billetes” volvió a colgar en las taquillas de Las Ventas para la Beneficencia del 97, motivado por el mano a mano entre Joselito y Francisco Rivera Ordóñez, anunciado en esta corrida 17 años después de que lo hiciera su padre. Pero un desafortunado popurrí ganadero -con toros de Cuvillo, Victoriano del Río, Alcurrucén y Juan Pedro Domecq- dio al traste con todas las expectativas creadas en torno al festejo.

Como reacción, para la edición del 98 se reseñó, en el polo opuesto, una corrida de Victorino Martín, para la que se ofreció a actuar en solitario Manuel Caballero, que había triunfado con la ganadería en la anterior feria de Otoño. Aquel 25 de junio, y tras abrirse el festejo con un minuto de silencio por la muerte de Manuel Zamarreño a manos de ETA, el de Albacete mantuvo el tono durante el siempre duro reto de lidiar seis de la A coronada. Y, tras pasear sendos trofeos de los toros primero y quinto, consiguió así, también con los “grises”, la segunda y última salida a hombros de Las Ventas que registra su trayectoria como matador.

Y en 1999, por fin, llegó José Tomás. Después de marcar con su autenticidad los tres últimos años de San Isidro, el de Galapagar se anunció en su primera corrida de Beneficencia para dejar también en ella, con una gran contundencia, la profunda huella de su toreo. Precedido en el paseíllo y en la lidia por el rejoneador Hermoso de Mendoza, que también debutaba en esta corrida especial, y al lado de César Rincón y Miguel Abellán -todos ellos de vacío-, José Tomás se llevó de

calle la tarde de aquel 17 de junio, por supuesto, con un lleno a reventar. La oreja que paseó de un toro de Garcigrande y las dos de su segundo, de Victoriano del Río, fueron el pasaporte para que José Tomás pudiera atravesar a hombros por quinta vez en su carrera el umbral de la Puerta Grande de la plaza de Madrid, en un año que le consagró definitivamente, tras un paso arrollador por San Isidro, como torero excepcional más allá de los números. Y aquella Beneficencia fue el colofón.

Con la empresa Toresma aún al frente de Las Ventas, la década de estas corridas especiales de Las Ventas se cerró el mítico año 2000 con otro “no hay billetes” para ver, ante toros de Victoriano del Río, a Manuel Caballero, Morante de la Puebla y El Juli. El joven madrileño, con apenas 17 años cumplidos, era entonces el torero de moda. Y después de confirmar alternativa y de repetir, sin éxito también, en una segunda tarde en San Isidro, pudo pasear ese 15 de junio su primera oreja -y la única concedida en el festejo- como matador de toros en Las Ventas.

Fue la última edición de una década -o, si prefieren, la primera de la siguiente- en la que la llamada tradicional Corrida de Beneficencia mantuvo su propio sello, resistiéndose todavía a ser absorbida, como ya había sucedido con la Corrida de la Asociación de la Prensa, por el tirón y la fuerza mediática de San Isidro.

Fotos de Manuel Durán y Juan Miguel Sánchez Vigil



CURIOSIDADES

SUCEDIÓ EN BENEFICENCIA

JOSÉ LUIS DÍEZ/

4 de junio de 1970. Paco Camino toreó en solitario siete toros (regaló un sobrero) de distintas ganaderías. El resultado artístico obtenido por el diestro de Camas (Sevilla) no pudo ser más rotundo: cortó 8 orejas.

3 de junio de 1971. La corrida fue un mano a mano entre Antonio Bienvenida y el mexicano Curro Rivera, dado que el otro torero anunciado, Andrés Vázquez, resultó herido días antes en la misma plaza. El diestro azteca salió a hombros por la Puerta Grande, pero la anécdota fue que el sexto toro de Felipe Bartolomé saltó al callejón e hirió a un diplomático y al ganadero Juan Martín, entre otros.

7 de junio de 1973. Confirmación de alternativa de José Antonio Campuzano, de manos de Luis Miguel Dominguín, en presencia de Santiago Martín El Viti. Éste salió a hombros por la Puerta Grande tras cortar una oreja a cada uno de sus enemigos del hierro de Don Manuel Arranz y Campuzano también cortó una oreja.

8 de junio de 1974. El entonces príncipe de España Don Juan Carlos asistió al festejo desde el Palco Real como Jefe de Estado en funciones, acompañado de la princesa Doña Sofía. En dicho festejo lograron salir a hombros por la Puerta Grande Diego Puerta (3 orejas) y Paco Camino (2 orejas). El otro torero de la terna, José María Manzanares, sólo pudo matar un toro al ser herido de gravedad.

12 de junio de 1975. Pedro Moya Niño de la Capea salió a hombros tras cortar las dos orejas a un toro de la ganadería de Sepúlveda, en el que fue el último festejo que presidió honoríficamente Francisco Franco, que falleció meses más tarde.

10 de junio de 1976. Asistió desde el Palco Real por primera vez como Jefe de Estado el Rey Don Juan Carlos I. Se celebró como Corrida Regia y el gran triunfador fue el rejoneador portugués Joao Moura que le cortó las dos orejas al toro que le tocó en suerte y salió a hombros por la puerta Grande.

19 de junio de 1980. Actuó como único espada Francisco Rivera Paquirri y cortó una oreja a un toro de Pablo Romero y otra a un ejemplar de Samuel Flores por lo que salió a hombros. Intervino como sobresaliente el hermano del diestro, José Rivera Riverita.

11 de junio de 1981. El festejo comenzó unos minutos más tarde de la hora prevista porque los Reyes llegaron con retraso a la plaza. Reseñar además que en el segundo toro se tiró un espontáneo con una muleta en la que rezaba la inscripción "Viva la Constitución y Nobel de la Paz para el Rey.

17 de junio de 1982. José Luis Palomar salió a hombros tras cortar dos orejas, igualando el resultado obtenido 16 días antes en la que se denominó Corrida del Siglo, protagonizada por Francisco Ruiz Miguel, Luis Francisco Esplá y el propio Palomar, y los toros de Victorino Martín.

29 de junio de 1986. Mano a mano entre Julio Robles y Ortega Cano. En el Palco Real acompañaron al Rey Don Juan Carlos, el entonces príncipe Felipe y el heredero al trono de Marruecos, Mohamed VI.